Y la arenga bajó de tono y se hizo cuchicheo.

—¡Si á hablar va uno... aquí mismo... repelo! ¡Mudaron el jefe, por plataforma... sólo faltaba! Pero los subalternos...

Aquí la maestra del partido, mujer alta y morena, de pocas y dificultosas palabras, que solía oir á las operarias con seria indiferencia, intervino.

—A tratar cada uno de lo que le importa... y á liar cigarritos...

—No decimos cosa mala... —alegó Amparo.

—Decir no dirás, pero hablar hablas sin saber lo que hablas... Pensáis que no hay más que mudar y mudar y tener pillos... Aquí se requiere honradez.

—Eso ya se sabe.

—Por de contado que sí... Demasiado.

—Pues el que os oiga... Y vamos acá. Si vierais, como yo vi, el último del mes que se hace el arqueo, la caja abierta, con sacos de lienzo á barullo, á barullo, así de oro y plata... —Y la maestra adelantó los brazos en arco, indicando un vientre hidrópico.—¿Pues se os figura que si el contador y el depositario-pagador, y los oficiales, y los ayudantes, fuesen, digo yo, fuesen, quiero decir...?

—¿Fuesen... de la uña?

—¡Pues! Ya veis que aquí no puede venir cualesquiera. Hay responsabilidá.

XI

PITILLOS

Quiso Amparo mudarse de taller, y solicitó pasar al de cigarrillos, donde le agradaba más el trabajo y la compañía.

Entre el taller de cigarros comunes y el de cigarrillos, que estaba un piso más arriba, mediaba gran diferencia: podía decirse que éste era á aquél lo que el Paraíso de Dante al Purgatorio. Desde las ventanas del taller de cigarrillos se registraba hermosa vista de mar y país montañoso, y entraba sin tasa por ellas luz y aire. A pesar de su abuhardillado techo, las estancias eran desahogadas y capaces, y la infinidad de pontones y vigas de obscura madera que soportan la armazón del tejado le daban cierto misterioso recogimiento de iglesia, formando como columnatas y rincones sombríos en que puede descansar la fatigada vista. Si bien en los desvanes se siente mucho el calor, el número relativamente escaso de operarias reunidas allí evitaba que la atmósfera se viciase, como en las salas de abajo. Asimismo la la-

bor es más delicada y limpia, los colores más gratos, y hasta parece que la claridad del sol entra más alegre á bañar los muros. La limpia blancura de los librillos, el amarillo bajo de las fajas, el gris de estraza de las cajetillas, componían una escala de tonos simpáticos á la pupila. Y los personajes armonizaban con la decoración.

Preponderaban en el taller de pitillos las muchachas de Marineda: apenas se veían aldeanas; así es que abundaban los lindos palmitos, los rostros juveniles. Abajo, la mayor parte de las operarias eran madres de familia, que acuden á ganar el pan de sus hijos, agobiadas de trabajo, rebujadas en un mantón, indiferentes á la compostura, pensando en las criaturitas que quedaron confiadas al cuidado de una vecina; en el recién, que llorará por mamar, mientras á la madre le revientan los pechos de leche... Arriba florecen todavía las ilusiones de los primeros años y las inocentes coqueterías que cuestan poco dinero y revelan la sangre moza y la natural pretensión de hermosearse. La que tiene buen pelo lo peina con esmero y gracia, que para eso se lo dió Dios; la que presume de talle airoso se pone chaqueta ajustada; la que sabe que es blanca se adorna con una toquilla celeste.

Por derecho propio, Amparo pertenecía á aquel taller privilegiado.

Encontró en él muy buena acogida y dos amigas: á la una se aficionó de suyo, movida de un instinto protector; llamábanle Guardiana, era

nacida al pié del santuario de Nuestra Señora de la Guardia, tan caro á Marineda, y según ella misma decía, la Virgen le había de dar la gloria en el otro mundo, porque en éste no le mandaba más que penitas y trabajos. Guardiana era huérfana; su padre y madre murieron del pecho, con diferencia de días, quedando á cargo de una muchacha, de dos lustros de edad, cuatro hermanitos, todos marcados con la mano de hierro de la enfermedad hereditaria: epiléptico el uno, escrofulosos y raquíticos dos, y la última, niña de tres años, sordo-muda. Guardiana mendigó, esperó á los devotos que iban al santuario, rondó á los que llevaban merienda, pidiéndoles las sobras, y tanto hizo, que nunca les faltó á sus chiquillos de comer, aunque ella ayunase á pan y agua. Al raquítico dió en abultársele la cabeza, poniéndosele como un odre: fué preciso traerle médico y medicinas, todo para salir al cabo con que era una bolsa de agua, y que la bolsa se lo llevaba al otro mundo. A bien que el médico no sólo se negó á cobrar nada, sino que, compadecido de Guardiana, tuvo la caridad de meterla en la Fábrica, que fué como abrirle el cielo, decía ella. Despues de la Virgen de La Guardia, la Fábrica era su madre. Nunca les había faltado nada á sus pequeños desde que era cigarrera, y aún la sobraban siempre golosinas que llevarles; fruta en verano, castañas y dulces en invierno. Amparo saqueaba la caja de los barquillos de Chinto con objeto de enviar finezas á la sordo-mudita. El taller entero tenía entrañas maternales

para aquellos niños y su valerosa hermana, afirmando que sólo la Virgen era capaz de infundirle los ánimos con que trabajaba, sostenía las criaturas, y vivía alegre y contenta como un cuco.

Del casco mismo de Marineda procedía la otra amiga de Amparo; aunque frisaba en los treinta, lo menudo de su cuerpo la hacía parecer mucho más joven. Pelirroja y pecosa, descarnada y puntiaguda de hocico, llamábanla en el taller la *Comadreja*, mote felicísimo que da exacta idea de su figura y movimientos. Bien sabía ella lo del apodo; pero ya se guardarían de repetírselo en su cara, ó si no... Ana tenía por verdadero nombre, y á pesar de su delgadez y pequeñez, era una fierecilla á quien nadie osaba irritar. Sus manos, tan flacas que se veía en ellas patente el juego de los huesos del metacarpo, llenaban el tablero de pitillos en un decir Jesús; así es que el día la salía por mucho, y alcanzábala su jornal para vivir y vestirse, y,—añadía ella,—para lo que la daba la gana. Conversaba con causticidad y cinismo; estaba muy desasnada; cogíanla de susto pocas cosas, y tenía no sé qué singular y picante atractivo en medio de su fealdad indudable. Presumía de bien emparentada y relacionada; un primo suyo desempeñaba la secretaría del Casino de Industriales; una tía ricachona vendía percales, franelas y pañolería en la calle estrecha de San Efrén; la mayor parte de sus amigas *cosían por las casas*, ó eran oficialas de la mejor modista. Además, conocía mucho *señorío*, del cual hablaba con desenfado. ¡Buenas cosas sabía ella de personas principales!

Sentábanse las tres amigas juntas, no lejos de la ventana que daba al puerto. Al través de los sucios vidrios, barnizados de polvo de rapé que se había ido depositando lentamente, y en cuyos ángulos trabajaban muy á su sabor las arañas, se divisaba la concha de la bahía, el cielo y la lejana costa. La zona luminosa de un rayo de sol, bullendo en átomos dorados, cortaba el ambiente, y el molino de la picadura acompañaba las conversaciones del taller con su acompasado y continuo *tacatá, tacatá*. Agitábanse las manos de las muchachas con vertiginosa rapidez; se veía un segundo revolotear el papel como blanca mariposa, luego aparecía enrollado y cilíndrico, brillaba la *uña* de hoja de lata rematando el bonete, y caía el pitillo en el tablero sobre la pirámide de los hechos ya, como otro copo de nieve encima de una nevada. No se sabía ciertamente cuál de las amigas despachaba más; en cambio, á su lado, encaramada sobre un almohadón, había una aprendiza, niña de ocho años, que con sus deditos amorcillados y torpes, apenas lograba en una hora liar media docena de papeles. Guardiana la enseñaba y daba consejos,—porque la chiquilla, silenciosa y triste, la recordaba su sordo-mudita, inspirándole lástima,—mientras Ana contaba noticias de la ciudad, que sabía al dedillo. Un día que hablaron de lo que suelen hablar las muchachas cuando se reunen, la Comadreja confesó que ella "tenía" un capitán mercante, que la traía

de sus viajes mil monadas y regalos, y proyectaba casarse con ella, andando el tiempo, cuando pudiese. En cuanto á Guardiana, declaró que no soñaba con tener novio, pues era imposible; ¿qué marido había de cargar con sus pequeños? ¡Y ella no los dejaba ni por el mismo general Serrano que la pretendiese! Muchos la decían cosas, pero si se tratase de boda, ¡quién los vería echando á sus niños al Hospicio! ¡Angeles de Dios! Y pensar que ella se metiese en malos tratos, era excusado; así es que nada, nada; la Virgen es mejor compañera que los hombrones. Animada por las confidencias, Amparo insinuó que á ella un señorito, un militar, la seguía alguna vez por las calles.

—Ya sé quién es—chilló la *Comadreja.*—Es el de Sobrado.

—¿Quién te lo dijo, mujer?—exclamó Amparo maravillada.

—Todo se sabe—afirmó magistralmente Ana. —Pero, ¡estás fresca, hija! Ese lo que quiere es pasar el tiempo, y á vivir. ¡Buena gente son los Sobrados! Los conozco lo mismo que si viviese con ellos, porque justamente la que les cose es hermana de una amiga mía íntima. Avaros, miserables como la sarna. La madre y el tío son capaces de llorarle á uno el agua que bebe; el padre no es tan cutre, pero es un infeliz; lo tienen dominado, y pide permiso á su mujer cuando corta pan del mollete. Para hacerles á las hijas un vestido, echan cuentas seis meses, y á la chica que llaman á coserlo la hacen ir tempranísimo, para sacarla bien el jugo. Un día

de convite parece que echan la casa por la ventana; pero todo se recoge, y no va á la cocina ni tanto así. Y están achinados de dinero.

Amparo oía atónita. Nada más ajeno á su carácter rumboso, imprevisor, que la estrechez voluntaria.

—La madre... ¿ves aquella risita falsa? pues es terrible. No puede entrar en su casa una muchacha regular; en seguida abrasa al marido á celos. Esta chica que les cosía no pudo aguantar... Allí no hay nadie bueno sino la chiquilla mayor.

—Nos dió dulces una vez... es bien natural—respondió Amparo, que sintió cruzar por su espíritu la visión de la noche de Reyes.

—¿Esa? Una santa... y no le hacen caso ninguno. La segunda, idéntica á su madre: la preguntaron un día con quién se había de casar, y dijo: "Con el tío Isidoro, que es rico." ¡El hermano de su padre, aquel viejo gordo que parece una tinaja!

Guardiana soltó el trapo á reir con la mejor voluntad del mundo; Amparo, acordándose de una frase leída en un periódico, exclamó:

—¡Pero ha de poder tanto el vil interés!—Y meneando la cabeza, añadió:—Lo diría de broma, mujer.

—¡Sí, sí... buena broma te dé Dios! En esa familia todos son iguales, mujer; cortados por una tijera. Pues no digo nada del señorito, de tu adorador. Hace la rosca á la chiquilla de García, una empalagosa que no piensa más que en componerse y no sabe dar una puntada; pero

el asunto es que se la hace por lunas, porque esas de García... ¿No te gusta el cuento?

—Sí, mujer—gritó la oradora amostazada.—¿Piensas tú que estoy muerta por semejante muñeco? Vaya, que me das gana de reir. Cuenta, mujer, que también se pasa el tiempo.

—Digo que le hace la rosca por lunas, porque esas de García tienen allá un pleito en Madrid, de no sé qué intereses del marido, que era corredor y se metió en una sociedad por acciones... en fin, no será así, pero es lo mismo. Si ganan, quedarán millonarias ó poco menos, y cuando hay esperanzas de eso, la madre del de Sobrado le manda que se arrime á la doña Melindritos, y cuando viene de Madrid una mala noticia, que se desaparte... ¡Uy, qué tipos!

Amparo, con la cabeza baja, enrollaba á más y mejor, febrilmente. Guardiana se hacía cruces.

—Es una pobre...—murmuraba.—Es una pobre, y no será capaz de acciones así...

—¿Y el otro?—siguió la implacable Comadreja, que estaba ya resuelta á vaciar el saco.—¿Y el amigote, el de los bigotazos, que parece que habla dentro de una olla?

—¿El que le llaman Borrén?

—Ese, ese... Un baboso con todas; á todas nos dice algo, y el caso es que con ninguna, chicas. Podéis creerme: ni esto. Tan aficionado á jarabe de pico, y tiene más miedo á una mujer que á los truenos.

Detúvose la Comadreja, y mirando fijamente á Amparo, añadió:

—Tú aún tienes otro obsequiante, pero te callas.

—¿Quién, mujer?

—El barquillero. ¡Sí, que no está derretido por ti!

—¡Aquel animal!—exclamó Amparo.—Parece una patata cruda... mujer, hazme más favor.

XII

AQUEL ANIMAL

AQUEL animal trabajaba entre tanto á más y mejor. Si faltase él, ¿quién había de encargarse de toda la labor casera? Muy cascado iba estando el señor Rosendo, y la tullida á cada paso se hallaba mejor en su cama, y se extendía entre sábanas más voluptuosamente, al ver el ademán de fatiga con que soltaba su marido el cilindro por las noches. Y cuenta que de algún tiempo acá, el señor Rosendo no fabricaba barquillos sino en casos de gran necesidad, porque el fuego le inyectaba la tez, le arrebataba y sofocaba todo. Pero allí estaba Chinto para dar vueltas á la noria, y ser panacea universal de los males domésticos y comodín servicial y aplicable á cuanto se ofreciese. No sólo se levantaba con estrellas, á fin de emprender la labor de Sísifo de llenar el tubo—labor que desempeñaba con mecánica destreza y rapidez—sino que antes de salir á la venta, quedábale tiempo de barrer el portal y la cocina, de limpiar los chismes del oficio, de ir por agua á la fuente, por sardinas al muelle ó al mercado, y

freirlas luego; de arrimar el caldo á la lumbre, de partir leña; de cumplir, en suma, todas las tareas de la casa, incluso las propiamente femeniles, porque traía en la faltriquera un dedal perforado y un ovillo de hilo, y en la solapa, clavada, una aguja gorda; y así pegaba un botón en los calzones de su principal, como echaba un gentil remiendo de estopa en su propia morena camisa. Y si no se ofrecía á coser las sayas de Amparo y no la hacía la cama, era por unos asomos de natural y rústico pudor, que no faltan al más zafio aldeano. A la tullida la daba vueltas, la sacudía los jergones, y la sacaba en vilo del lecho, tendiéndola en un mal sofá comprado de lance, mientras se arreglaba su cuarto.

Lo gracioso del caso está en que, siendo el paisanillo tan útil, por mejor decir, tan indispensable, no hubo criatura más maltratada, insultada y reñida que él. Sus más leves faltas se volvían horribles crímenes, y por ellos se le formaba una especie de consejo de guerra. Llovían sobre él á todas horas improperios, burlas y vejaciones. La explotación del hombre por el hombre tomaba carácter despiadado y feroz, según suele acontecer cuando se ejerce de pobre á pobre, y Chinto se veía estrujado, prensado, zarandeado y pisoteado al mismo tiempo. Le habían calificado y definido ya: era un mulo, y nada más que un mulo.

Acertó un día Chinto á volver unas miajas más tarde de lo acostumbrado, y acercóse á la cama de la tullida para vaciar sus faltriqueras,

donde danzaban los cuartos de la colecta diaria. Encontrabáse allí Amparo, y la dió al punto en la nariz un desusado tufillo. Por sorprendente que parezca la noticia, la acuidad del sentido del olfato es notable en las cigarreras: diríase que la nicotina, lejos de embotar la pituitaria, aguza los nervios olfativos, hasta el extremo de que si entra alguien en la Fábrica fumando, se digan unas á otras con repugnancia: —¡Puf, huele á hombre!—Así es que Amparo solía apartarse de Chinto—aunque sea inverosímil—repelida por el olor de las malas colillas que chupaba en secreto; pero lo que á la sazón percibía era peor que el tabaco; así es que pegó un brinco.

—¡Vete de ahí—le gritó;—véte, maldito, que nos apestas! ¡Anda, pellejo, despabílate!

Chinto la consideraba atónito, con los brazos colgantes, abriendo cuanto podía los ojos, cual si por ellos oyese.

—Que te largues; ¡repelo contigo! que no se aguanta ese olor: confundes á la gente.

—¿A qué apestas, demontre?—preguntó la tullida.—Serán esos puros del estanquillo.

—¡No, señora, que es á vino!—exclamó Amparo.

—¡A vino!—clamó la impedida alzando los brazos tan escandalizada como si ella sólo catase el agua, porque en el pueblo los viejos, con sinceridad completa, se otorgan á sí propios el derecho de "echar un trago„ que niegan á los mozos.—¡A vino! ¡Tú quiéreste perder, condenado!

—Yo... pero yo... quiérese decir que yo...—balbució Chinto abrumado por el peso de su culpa.

—¡Aún tendrás valor para contar mentira!—chilló la enferma.—¡Llégate acá, bruto! (Chinto se llegó compungido.)—Echa el aliento. (Chinto lo echó.)—Más fuerte, más fuerte... (Y la tullida asió de los indómitos pelos al aldeano y le obligó, mal de su grado, á carearse con ella.)—¡Puf! ¡Pues es verdá y muy verdá! ¿Dónde te metiste? ¿Andas ya arrastrado por las tabernas, bribón?

—Yo... no, no fué cosa mala ninguna... no fué perrita, ni licor... Fué...,

—Cuenta la verdad, borrachón de los infiernos, como si estuvieses difunto en el tribunal del divino Señor...

—No fué nada más sino que encontré un amigo de allí... de la Erbeda, que cayó soldado... allí... me convidó, me dijo así:—¿Quieres una chiquita?—Y yo... allí, le dije:—Bueno.—Y él me llevó allí... á casa de...

—¡Calla, calla y recalla ya, que siquiera sabes lo que dices, con la mona que traes á cuestas... Como otra vez te vea yo así perdido de vino, he de decirle á Rosendo que te arree una tunda con la correa de la caja, que te has de chupar los dedos; chiquilicuatro, mocoso, viciosón! Convidarte ¿eh? Me convides. ¡Quien te da vino, no te da pan; mulo! ¡Anda fuera, que me mareas la cabeza toda!

Amparo ejecutó el decreto materno empujando á Chinto por los hombros á las tinieblas exteriores del portal, y Chinto, resignado, optó por acostarse. Lo único que sentía confusamente era no poder ver á la muchacha un rato. Ahora le entretenía casi tanto mirar á Amparo, como antes contemplar la rueda del amolador y la bahía. Admirábale á él, rudo y tardío de habla como suele ser el aldeano, la facilidad y rapidez con que la pitillera se expresaba, la copia de palabras que sin esfuerzo salían de su boca. Si lo que experimentaba Chinto era enamoramiento, podía llamarse el enamoramiento por pasmo. Ello es que se le venían con frecuencia suma impulsos de tratar á Amparo como á las chiquillas de su aldea las tardes de gaita; de pellizcarla, de soltarla un pescozón cariñoso, de echarle la zancadilla, de darla un varazo suave con la recién cortada vara de mimbre. Pero tan osados pensamientos no llegaban á realizarse nunca. Amparo sí que solía empujar á Chinto, y no por vía de halago, bien lo sabe Dios, sino de pura rabia que le tuvo siempre. Si pudiese leer en el alma del labriego, adivinar cómo le hervía la sangre al acercarse á ella, le hubiese cobrado asco, amén del odio inveterado ya.

Para Amparo, hija de las calles de Marineda, ciudadana hasta la medula de los huesos, Chinto era un ilota. Alguna duquesa confinada en obscuro pueblo, después de adornar los saraos de la corte, debe de sentir por los señoritos del poblachón lo que la pitillera por Chinto. Enfadábale todo en él: la necia abertura de su boca, la pequeñez de sus ojos, lo sinuoso y desgar-

bado de su andar, su glotona manera de comer el caldo. La entraban irritaciones sordas á la vista de objetos dejados por él, un par de zapatos viejos y torcidos, una faja de lana roja pendiente de una percha, una colilla negra y pegajosa, caída en el suelo. Y fortificaba su antipatía el que Chinto, con la desconfianza socarrona propia del labriego, lejos de resolverse á aceptar los ideales políticos de Amparo, daba á entender, á su modo, que le parecía huero y vano todo el bullicio federal. Con risa entre idiota y maliciosa, solía decir á veces á la muchacha:

—Andas metiéndote en cuentos... Aún han de venir á buscarte los civiles, para te llevar á la cárcel...

XIII

TIRIAS Y TROYANAS

También en la Fábrica observaba Amparo que las aldeanas eran las menos federales, las menos calientes. Llenas de escepticismo y de picardía, decían meneando la cabeza que á ellas la república "no las había de sacar de pobres". Alguna tenía sus puntas y ribetes de reaccionaria; y en conjunto, todas profesaban el pesimismo fatalista del labrador, agobiado siempre por la suerte, persuadido de que si las cosas se mudan, será para empeorarse. No se arrancaba de ellas la más leve chispa de fuego patriótico; empeñábanse en no exaltarse sino cuando viesen que iban á menos las contribuciones y á más los frutos de la tierra. Así es que en la Fábrica gozaban de detestable reputación, y eran tachadas de ávidas, tacañas y apegadas al dinero, y acusadas de cebarse en la ganancia abandonando su casa por un ochavo, al par que las de Marineda se jactaban de rumbosas y se preciaban de mejores madres. No obstante, pronunció la revolución tres palabras áureas que conmovieron á todas: "¡no